

EL REPENTINISMO EN EL RIOPLATENSE

por

ARTURO SERGIO VISCA

*Antes piensa y luego habla;
y después de haber hablado,
vuelve a pensar lo que has dicho,
y verás si es bueno o malo.*

Augusto Ferrán.

Cuando, en un café cualquiera, escuchamos a alguien que imprevistamente emite la opinión más imprevisible; cuando, en la oficina respectiva, alguien va a patentar un invento de imposible ejecución; cuando, en 1954, alguien descubre inopinadamente (y lo que sigue tiene carácter histórico) que Lucrecio o Quevedo son grandes poetas, o manifiesta, de golpe y con plena irresponsabilidad, que el Dante es un turista de tres mundos que nos fatiga contándonos, en rítmicos tercetos, sus recuerdos de viajero, podemos afirmar, sin mayor reflexión, que nos hallamos en presencia de manifestaciones varias de una enfermedad, de orden espiritual, que denomino *repentinismo*. Esta enfermedad se manifiesta como una singular manera de funcionamiento de la afectividad y de la inteligencia y en su conjunto configura una actitud vital que, desde hace mucho, se llama *compadrismo*. Actitud vital que si bien ha tenido su paradigmático representante en el hombre del suburbio, sin embargo, como la liebre, salta donde menos se piensa, y tiñe con colores desvaídos a veces pero no por eso menos visibles, gran parte de nuestra vida nacional. Esta nota se propone caracterizar ese mal, y, en lo posible, establecer su etiología.

Pero, ¿qué es el *repentinismo*? Para saberlo conviene previamente inquirir sus causas, que, a mi juicio, son la singular situación en que está ubicado el rioplatense ante los valores culturales y el sesgo característico que el individualismo de la raza latina toma en él, como consecuencia de aquella ubicación. Dejemos sentado aquí, para evitar malas inteligencias, que ésta, como toda afirmación que

se refiera a un ser colectivo, no tiene más que un valor promedial, que no abarca al todo en cada uno de sus integrantes sino a la generalidad. Pero admitidas las naturales excepciones y advertidos del peligro de una generalización excesiva, es posible plantear, sin temor y con sinceridad, la situación aludida. Enfrentar nuestros problemas, y atender a ellos con ojos veraces, es la mejor manera de empezar a resolverlos.

Debemos admitir, en primer término, que por destino histórico vivimos, y estamos obligados a vivir, revestidos de formas vitales y culturales que no son peculio nuestro intransferible ni creaciones naturales de nuestra propia vida en su pristina espontaneidad. La trayectoria natural que debió iniciarse en el aborigen y continuarse en el gaucho sufrió una solución de continuidad. Del gaucho y del aborigen — a pesar de la mentada sangre charrúa de la cual seguramente nadie tiene ni una gota — sólo pueden quedarnos esos rasgos, como nacidos de la noche de los tiempos, que, quien sabe por qué extraño atavismo, saltan viboreando, de pronto, bajo nuestro indumento de hombres occidentales. Quebrada esta primera línea de tradición o herencia vital, debimos crecer en la que el conquistador nos impuso. Si esto fué una desdicha o una suerte para América, puede discutirse, pero lo cierto es que perdimos hasta el idioma. Y es bien sabido que el idioma, esa maravillosa creación mediante la cual es posible hacer externo lo interior del alma, así como esa otra maravillosa creación del hombre, el pudor, ha convertido en íntimo lo exterior del cuerpo, constituye uno de los sostenes sustanciales de la continuidad de toda tradición colectiva, cosa que no ignoraban, por cierto, los que propugnaron la vuelta al guaraní como forma de habla americana. Así, pues, nuestra verdadera tradición es, en sus líneas más generales, la gran tradición de Occidente, que impuso, de la cabeza a los pies de América, la conquista española. Pero nuestra calidad de pueblos jóvenes ha imposibilitado hasta ahora que las formas hondas de esa tradición arraiguen profundamente entre nosotros amoldándose plásticamente a las nuevas circunstancias que constituyen el nuevo ambiente vital. No somos los patricios — herederos directos — de esa gran tradición. Somos los proletarios de ella. No luchamos impunemente con la distancia geográfica que nos separa de los centros originales de esa tradición, de los lugares en que han cristalizado materialmente sus productos seculares. Al cruzar el Atlántico esa línea de tradición

se ha quebrado, y debemos retomarla con esfuerzo. Y este esfuerzo no es el que debe realizar el europeo culto que, según T. S. Eliot, no hereda la tradición sino que debe conquistarla en ardua lucha. Porque el esfuerzo del europeo culto consistirá en religarse vitalmente cada vez más a su tradición, adquiriendo más lúcido sentimiento de sus relaciones con ella, pero se inicia ya naturalmente instalado dentro de ella.

Nuestro esfuerzo es mucho más ingente: desde nuestras intemperie cultural, desde "el afuera" de una tradición que no nos es ingénita ni connatural, debemos empezar por instalarnos dentro de ella, para asimilarnos luego a ella vitalmente. Y debemos hacerlo reconquistando, además, nuestra originalidad. Porque no podemos admitir, (sería exceso de resignación) que la originalidad del hombre rioplatense radique en el fervor popular por el fútbol, ni en el sentimiento, en general inferiorizante, que expresa el tango, ni en los alardes arrabaleros y compadres, ni en el uso del gacho a lo Gardel o del pañuelo blanco de seda, ni del taco militar y pantalón bombilla, ni, en fin, en tantos otros subproductos ante los cuales suelen pasmarse los tontos. Podrán ser todas éstas, cosas muy rioplatenses, pero son, al mismo tiempo, muy dignas de ser combatidas. Tampoco podemos resignarnos a admitir que nuestra originalidad quede agotada en aquellas pocas cosas puras que aún podemos rasquear en el sentimiento manifestado en una vidalita, por ejemplo, o en algún otro aire auténticamente campesino, ni en aquellos pocos usos, costumbres, sentimientos e ideas en los que, con igual pureza, aflora algo de nuestra pristina originalidad. Esto, en cantidad y calidad, es todavía muy poco. Como ya quedó dicho debemos reconquistar nuestra originalidad, en cierto modo crearla. Y esta tarea consistirá en la creación de nuevas formas de vida y de cultura, nacidas de nuestra propia realidad, vinculadas con nuestros casi perdidos orígenes nativos. (en lo que estos tengan de auténtico y profundo, no en lo externo e indumentario) pero coordinadas a la gran tradición occidental, a la cual deben ingresar las nuevas concreciones vitales que nuestra propia vida — la más auténtica: la que nace del quehacer cotidiano y en él se expresa — ha creado ya en el pasado y va creando día a día. En esto consistirá nuestra verdadera originalidad, pero hasta ahora sólo muy parcialmente lo hemos logrado. Sólo hemos construído, en general y en cuanto realidad colectiva, una mimesis de las formas vitales y culturales de esa tradición y

vivimos un remedo superficial de sus auténticas concreciones en los usos, costumbres, hábitos mentales y afectivos, en la expresión literaria, artística y filosófica. No podemos ni siquiera llamarnos europeos radicados en América, porque para serlo nos faltan muchas cosas, y para ser absolutamente americanos nos sobran. Nada más aleccionador para hacer evidente esta mimesis, que recordar ciertas actitudes, frecuentes por el novecientos, que postulaban un dandysmo mal avenido con nuestra índole más profunda y un satanismo de importación francesa, que tuvieron su ejemplar representante en Roberto de las Carreras, y escandalizaron al aldeano Montevideo de la época. No tenemos ya, quizás lo hubo en algún momento, un estilo propio de vida, ni en lo material ni en lo espiritual. Nuestro carácter general es el amorfismo, es decir: la carencia de formas definidas. Carencia que se expresa entre nosotros por una monstruosa mezcla de formas dispares que no han logrado armonizarse. (Mal agravado en nuestros días por la aparición, en ciertos sectores, de un falso estilo deportivo de vida, de filiación norteamericana, y por una malsana ansiedad de lo espectacular, de idéntica filiación). Poseedores, por simple importación, de riquezas espirituales que no hemos contribuido a crear, no sabemos hacer uso de ellas ni penetrar en su intimidad. Estamos, en realidad, desubicados frente a los valores culturales. Por eso es tan frecuente entre nosotros ver aparecer al bárbaro bajo las apariencias del hombre civilizado, y por eso no poseemos ni la espiritualidad del primitivo, hecha de inocencia, ni la del cultivado, hecha del dramático esfuerzo por superar, conservándola, esa inocencia. La consecuencia más inmediata, y fatal, de todo esto, es que cada vez sabemos menos quienes somos, que queremos, a donde vamos, y cada vez nos forzamos menos por saberlo.

Pues bien: de este no saber quienes somos, qué queremos, a donde vamos, nace, a mi juicio, ese sesgo característico que, como he dicho, toma en el rioplatense el individualismo del hombre de raza latina y en el que radica el origen del repentismo. El individualismo es un áspero anhelo de plenitud de sí mismo. Quien quiere realizarse en su total esencia humana, viva, aspira en cada instante alcanzar la plenitud de su yo más hondo. Pero esta plenitud, para que tenga signo positivo, sólo es posible lograrla haciéndonos profundamente con la plenitud del mundo que nos rodea. La plenitud del yo sólo se adquiere por el contacto activo, por el diálogo

sincero, con el no-yo. (Para lo cual se requiere, paradójicamente, una cierta abdicación de sí mismo). Por eso este anhelo de plenitud sólo puede realizarse por un acto esencialmente generoso: comprender el mundo, los seres y las cosas, que nos rodean, para aprehenderlas, pero dejándolos intactos en su íntima esencia. El individualismo, pues, no implica una oposición con respecto al contorno vital en que se está inmerso, sino una fuerte diferenciación que incluye en sí los rasgos de ese contorno. Por eso para ser "él mismo" cada ser tiene que conocer las facciones esenciales de su ámbito vital. Que ese conocimiento sea intelectual o emotivo, tanto da. Pero es necesario poseerlo. Y este conocimiento no lo posee el rioplatense. Cuando vuelve la mirada a su alrededor, tropieza con ese amorfismo a que me he referido; cuando busca un mundo espiritual en que apoyarse, se encuentra con que lo tiene ante sí, pero tan lejano, que sólo instalarse en él significa ya un gran esfuerzo; cuando se pregunta qué es ser rioplatense, percibe que no lo sabe. A menos que se conforme con una mera definición geográfica, o crea que ser rioplatense consiste en mimetizar alguna de esas caricaturas que ha popularizado cierta literatura vernácula: el compadrito orillero, el gaucho noble y taciturno, o vivaz y dicharachero, etc. En esta situación el anhelo de querer ser "él mismo" significa para el rioplatense bucear en busca de un yo desasido de todo, de un yo que se asienta, casi, sólo en sí mismo. El individualismo del rioplatense, como todo individualismo, quiere ser una afirmación de sí mismo, pero empieza por ser una húsqueda angustiada de su propio ser y termina por convertirse en un simple afán de singularizarse, oponiéndose antagónicamente a su contorno vital. Su individualismo es una rebelión sin porqués y tiene un carácter negativo. Su individualismo suele hacerlo un desarraigado que se jacta secreta o públicamente de ello y configura una mera rebelión o contra molinos de viento que toma por gigantes o contra gigantes verdaderos ante los cuales se rebela sin razón o sin tener conciencia clara del porqué. Por eso los gestos — de espíritu — con que este individualismo se expresa son los de quien se siente ahogar y busca donde asirse o los gestos airados del resentido.

Estamos ahora en condiciones de comprender, o expresar, más cabalmente lo que es el repentismo. El repentismo es un disparate del singular individualismo rioplatense. Yo diría que es la forma expresa y consciente en que se manifiesta el fracaso del in-

conciente anhelo de afirmación del yo. Es, en definitiva, el culatazo que ese fracaso produce. En el repentinista, de hecho, existe ese anhelo de plenitud a que he aludido. Pero esa plenitud, como queda dicho también, sólo se logra por la religación con el ambiente que lo rodea y de cuyos jugos vitales debe nutrirse. Y aquí choca con el amorfismo de ese ambiente, con la ausencia de una tradición arraigada. Extranjero en su propio mundo, se hace naufrago de sí mismo. Para salvarse es necesario asirse de algo. Y para esto existen dos posibilidades. O bien, con infinita paciencia se van creando, con un esfuerzo pausado y constante, esas formas de vida y cultura originales y auténticas, que deben nacer de la armónica alianza de nuestra realidad propia y de la tradición de Occidente, o bien, en un acto desesperado, se inventa un mundo artificial, improvisado y sin raíces, en el cual alojarse. El repentinista escoge, inconscientemente, la segunda posibilidad. Por impaciencia es incapaz de colaborar en esa gran tarea, que colectivamente deberíamos imponernos todos, de crear nuestra originalidad. O, lo que es lo mismo, de buscar nuestra verdad. De ahí esas súbitas opiniones sin consistencia, disparadas como proyectiles, acerca de cualquier cosa, que ni siquiera expresan una convicción profunda de quien las emite y que son características del repentinista. De ahí que el mismo adopte estilos de vida que no le son propios, y que los cambie con la misma facilidad que los adoptó. De ahí la necesidad de acudir en masa a espectáculos que no le interesan. De ahí la invención de vocaciones sin la capacidad de dar la vida para su cumplimiento y de ahí el dedicarse a actividades sin saber realmente porqué. Es que el repentinista está improvisando ese su falso mundo del que necesita nutrirse, ya que le falta el auténtico en el cual apoyarse, y es impotente para crearlo.

Y es en la creación de este mundo artificial que interviene aquella singular manera del funcionamiento de la inteligencia y de la afectividad que he dicho. Para el repentinista la inteligencia no es un instrumento de aprehensión del mundo, ha perdido en él su poder relacionante, no le sirve para entablar un diálogo activo con los seres y las cosas. "*Nadie tiene ideas*", — afirma en "El Tostadero de don Patricio", de José Bergamín, el personaje que le da título — "*las ideas no se tienen, las ideas nos tienen, y sostienen quiméricamente con sus alas*". Pero el repentinista es impotente para ser tenido, o poseído, por las ideas. Para ello se re-

quiere fé en la existencia real de las ideas, en su corporidad, y convicción de que el mundo real está impregnado de Nus anaxagórico. Y el repentinista carece de esa convicción y de esa fé. En el repentinista la inteligencia no funciona tampoco como instrumento para hallar una verdad — ni siquiera de una verdad privativa del repentinista. La verdad no le interesa, pues no le es necesario para la creación de su mundo personal. Su inteligencia se conforma con larvas de ideas que no se adecúan al objeto al cual quiere referirse. La inteligencia del repentinista es una inteligencia boomerang. El pensamiento, arrojado como un proyectil mental, describe una trayectoria en el aire y vuelve al punto de partida. Y vuelve tal como había partido: sin traer nada. La inteligencia se hace así círculo vicioso, y el repentinista, espectador de sí mismo. El es teatro, actor y público, simultáneamente. En lo que se refiere a la afectividad, el repentinista reacciona en forma análoga. El sentimiento no lo religa cordialmente (de *cor-cordis*: coheración) con los seres y las cosas. Sus reacciones emotivas, verdaderas explosiones a veces, son puro juego de bengala. No le interesa el objeto del sentimiento. Las formas de su afectividad son la expresión de la inconsciente sensación de angustia y ansiedad que le produce la inconsistencia del mundo que lo rodea. De ahí nace su rapidez para la reacción emotiva. Pero esa rapidez, que se denomina entre nosotros "sentimentalismo criollo" y que tan chabana pero ajustada expresión ha encontrado en muchos tangos, es la expresión del íntimo desarraigo afectivo. Como he dicho, al repentinista le interesa muy poco el objeto que produce su sentimiento. Este objeto, tanto como un sentimiento, son sólo pretextos para experimentarse a sí mismo. El repentinista es un hedonista del sentimiento, del mismo modo que es un falseador de la inteligencia. Pero estas dos singularidades — la intelectual, la afectiva — no agotan la expresión del repentinismo. El repentinismo culmina en esa actitud vital, típica llamada compadrismo. Cuando el repentinista no se conforma con la mera exhibición inoperante de los falsos valores con que quiere sustentar su vida, sino que pretende imponerlos como norma general, doblegando a ellos las voluntades ajenas, se convierte en el compadre. El compadrismo, por esto, es la suprema expresión, la expresión culminante, del individualismo rioplatense. El compadrismo es el repentinismo convertido en violencia, y el compadre, el repentinista resentido. El

compadrismo, como actitud física o mental, o física y mental, se proyecta en formas tan múltiples en toda nuestra vida nacional, que no es posible aquí penetrar en el tema.

Pero es conveniente finalizar estas observaciones recalcando que no todo es repentimismo en nuestro país. Y acude a mi memoria el recuerdo de don Ceferino Moreira. El es, para mí, nítida y exacta, la contrafigura del repentinista criollo. Conocí a don Ceferino por el año 1941 o 1942. Recuerdo bien su figura: un don Quijote criollo, rostro color boniato, barba entrecana, movimientos pausados, como de quien sabe emplear para cada cosa la exacta cantidad de energía. Don Ceferino, de quien no he tenido más noticias desde entonces, tenía, y espero que aun tenga, una chacra en el departamento de Maldonado, a pocas cuadras de la costa. Había vivido allí durante cuarenta años, sin casi moverse de sus tierras, ni para ir a la próxima capital del departamento. Era, posiblemente sea todavía, uno de los pocos auténticos campesinos — no peón rural — de este país. Y esa larga y entrañable convivencia con su tierra le había dado una extraña sabiduría. Era un mago para pronosticar el tiempo, para anunciar el resultado que tendrían las cosechas, para aconsejar cómo, cuándo y qué debía sembrarse. Los pescadores lo consultaban y él, que no se movía de su chacra, les indicaba donde encontrarían pesca y de que clase. Pero su sabiduría iba más allá de todo esto. Era verdadera sabiduría vital. Frente a él, uno sentía que don Ceferino estaba bien asentado en el mundo, que conocía el mundo y que el mundo y los acontecimientos no lo peloteaban. Con agudeza a veces, con resignación otras, con una admirable serenidad siempre, sabía encauzar los acontecimientos. Su pensamiento se asentaba en esas cosas cercanas, muy conocidas y queridas, que lo rodeaban, pero desde allí saltaba, con serenidad y precisión, a muchas cosas más. Don Ceferino era hombre de pocas palabras: “¡Pajarito!”, “¡Qué me dice!”, “¡Mire usted!”, sus más frecuentes contestaciones. Pero con esta parquedad de expresión, ¡de cuántas cosas era posible conversar con don Ceferino, y cuánto era posible aprender de él! Nuestra narrativa ha recogido vidas de este tipo (recordemos a Julio C. da Rosa, a Juan José Morosoli). Y es que se ha comprendido su importancia. Son, lo es para mí don Ceferino Moreira, representación ejemplar de este tipo humano que Pedro Salinas, en

su estupendo libro “Jorge Manrique” o “Tradición y Originalidad”, denomina “analfabeto profundo”, oponiéndolo al “alfabeto superficial”. Claro está que no propongo como ideal de hombre al analfabeto profundo. Señalo únicamente que hay en él, rigurosamente, una forma más auténtica de cultura. Las mismas limitaciones que el analfabetismo le impone, operan una reducción en el mundo interior del analfabeto, que, obligado a vivir de un número más limitado de cosas acerca de las cuales es posible su meditación, debe necesariamente profundizar más en ellas y en ellas más profundamente interiorizarse. En cambio, el alfabeto superficial es un hombre cargado de medios-saberes o saberes a medias que son en definitiva un no saber. Y esto — producto de un contacto superficial con la cultura — actúa como un lastre o peso muerto que termina por imposibilitarle el contacto sincero y espontáneo hasta con las cosas más simples y cercanas de su propia vida. El analfabeto superficial vive sólo con lo exterior del alma y no toca nunca la interioridad del mundo. No es capaz siquiera de intuir el mundo en su misteriosidad. Y hasta el lenguaje se le hace pérfido y traidor, porque la cantidad de vocablos que conoce es mayor a la cantidad de ellos que, para él, están cargado de verdadera significación y sentido. Pues bien: la consecuencia que se infiere de todo lo dicho es clara: el analfabeto profundo nos ofrece una enseñanza vital, tan alejada del repentimismo, que el repentimismo en él es imposible. De él debemos aprender a tejer paciente, delicada y seriamente los hilos que la cultura y nuestra propia vida nos ofrecen; de él debemos aprender a construir, sin precipitaciones, nuestro propio mundo. Sólo así podremos combinar las fórmulas antagónicas (“analfabeto profundo”, “alfabeto superficial”) en la síntesis ideal: el alfabeto profundo. Mientras tanto ¿de cuántos seres, en nuestro país, podremos creer que sean capaces de crear su vida — porque la vida es algo que se hace — de acuerdo con una verdadera pasión, una pasión que no sea como esa explosiva, instantánea y destructiva fuerza del rayo: mera descarga, sin finalidad, de electricidad anímica? Y sería aleccionador, para nosotros, meditar hasta vivirlas, estas palabras con que el Dante concluye “La Vida Nueva”: “Terminado este sueño, me sobrevino una extraordinaria visión en que contemplé cosas tales que me determinaron a no hablar de aquella alma bienaventurada hasta tanto que pudiera hablar de ella más dignamente. Para lograrlo estudio cuanto

puedo, como a ella le coñsta. Así es que, si el Sumo Hacedor quiere que mi vida dure algunos años, espero decir de ella lo que jamás se ha dicho de ninguna. Después, ¡quiera el Señor de toda bondad que mi alma pueda ir a contemplar la gloria de mi amada, de la bienaventurada Beatriz, que gloriosamente admira la faz de Aquel qui es per omnia soecula benedictus”!
